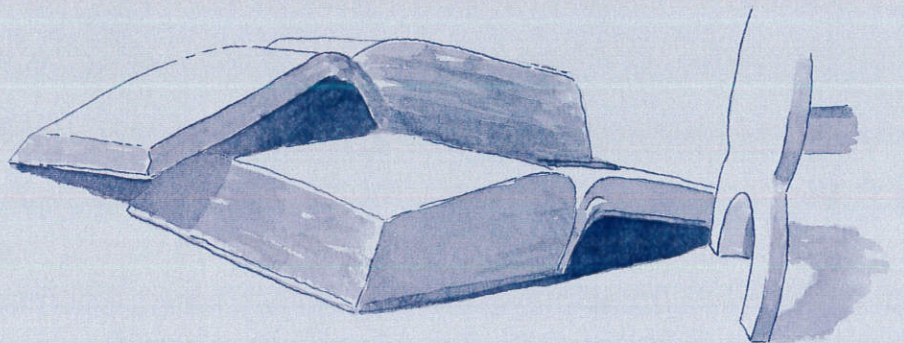


# Ciencias e individuo en el mundo barroco

---

Mauricio Jalón Calvo









I. En las *expresiones* barrocas de todo tipo -tanto en las plásticas o verbales como, incluso, en las filosóficas o científicas- resaltan las ideas de grandeza y de dificultad. Se percibe en sus creaciones cierto carácter común, algo *retórico*, pues se trató a menudo, según decía Bialostocki, de cautivar y conmovier. De ahí el énfasis barroco en los extremos, ese perseguir de continuo la innovación, el artilugio, la singularidad y hasta la extravagancia, aunque fuese apelando sin rodeos al racionalismo. Pueden descubrirse estos rasgos culturales, aunque sea en muy distintos planos, en diversos ámbitos del saber; de hecho, en las teorías más o menos científicas, en la moral o en la literatura (si es que eran, por entonces, dissociables) hay también juegos de luces, mezclas de técnicas, estilos y materias, riqueza en la composición, así como una busca denodada de valores nuevos, es decir, de lo inusitado, lo que en suma significa el término *barroco*.

Este universo nos evoca un *alboroto magnífico*, como señaló Panofsky; podría decirse, entonces, que su línea de fuerza es la manifestación de esa *conflictividad* general. En efecto, en la cultura del Barroco hubo una lucha constante entre un individualismo extremo y un conservadurismo muy apegado a la tradición (esto es, al viejo refrendo colectivo); entre centralismo religioso, controlado teológicamente, y una realidad íntima poco transparente; entre pompa exterior y agonía interna; entre muerte y fuga, o lo que es lo mismo, entre paralización y desvío. En sus formas, tan vistosas, coexisten la obsesión por lo inmenso y por la miniatura; la opresión en el espacio (incluso la agorafobia) y el deseo de ampliación espacial sin traba alguna, hasta el infinito; la abstracción más absoluta, más matemática, y el mayor abigarramiento, ligero, arbitrario; en fin,

cabe decir mediante una fórmula que conviven raramente *exactitud* y *ocurrencia*. Pues tanto Descartes como Pascal, que fueron inventores en geometría -modelo de lo claro y distinto-, abordaron asimismo las pasiones anímicas, el conjunto de las afecciones mentales.

Fue, por tanto, una centuria o un tiempo de tensiones sociales sin número, que Maravall definió mediante otra serie de contrastes que podrían reordenarse así: discordia armada y empuje comercial, autoritarismo e insumisión, teología y supersticiones, ensueños sensualistas y experiencia mística -en fin, epidermis y nervios-. Ello supone la convivencia de lo que parece incompatible, señala Villari, ya que todos esos aspectos se conjugan originalmente y *tensan* en definitiva al individuo barroco. “Yo, menos entiendo al mundo cuanto más va”, se lee en *El críticón*. En efecto, esa conflictividad universal -que genera una particular conciencia desgraciada-, remite también a otras confrontaciones muy visibles: choques políticos y religiosos, aparición de aparatos administrativos atosigantes y grandes antagonismos sociales; en fin, predominio de lo peor, de una guerra sin interrupción que destrozó Europa de punta a punta: el XVII fue el siglo del militar, el siglo de la *hostilidad*.

II. Pero ¿a qué territorio de la realidad nos remite la cultura del Seiscientos? Este mundo de graves tensiones sociales, de hondas crisis personales -hasta el punto de que crisis se convierte en un verdadero tópico el momento- es un ámbito esencialmente urbano: *villa* y *corte* fue un giro difundidísimo desde Francia. Dos palabras, *apariciencia* y *poder* correspondían a la civilización cortesana, cuyos orígenes ha estudiado Norbert Elias, y que se alejaba ya de los armónicos ideales renacentistas. Era un ámbito humano especial,

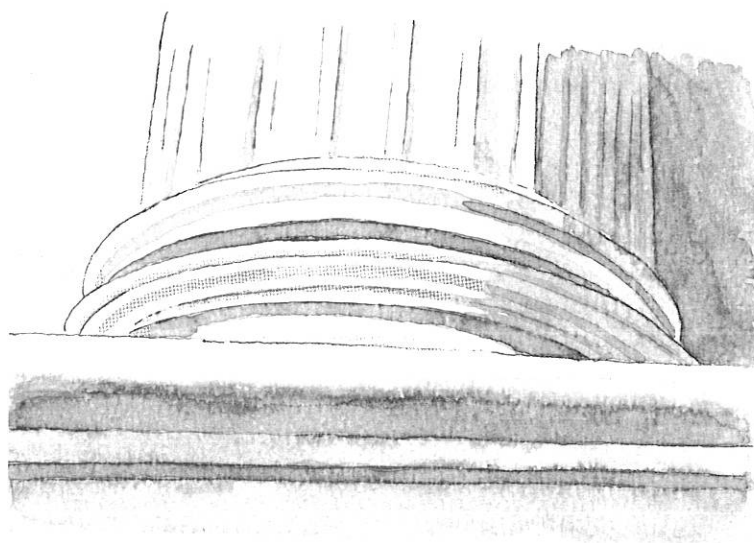
más bien conservador y receloso; estaba muy reglado, y sus normas se veían sometidas, todas ellas, a los principios de cierre y unidad, de jerarquía y subordinación al jefe político-cristiano.

Antes sólo se había adivinado cierta noción estatal (la "razón de Estado" es idea de 1580). En el Barroco se discute, en cambio, sobre la maquinaria de la esfera cortesana, que quiere imponerse sobre el conjunto como política global de un núcleo bien ceñido del poder, plagado de maniobras y presiones. Se habla del cuerpo político, por similitud con el cuerpo humano, de los desórdenes colectivos y de su posible curación. Por muy distintos que fuesen dos grandes teóricos de la vida social, el prudente Grocio y el descarnado Hobbes, ambos parten -racionalistamente- de la naturaleza del hombre y de la naturaleza del Estado, quieren abordar el cuerpo político como un cuerpo físico mediante una psicología analítica, deductiva; desean encontrar una *matemática política*, por encima de la incoherencia y lo aleatorio de los humanos. Era el siglo de los *sistemas de pensamiento*, del totalismo mental -por lo demás, fructífero en arte, ciencia y filosofía-, hasta el punto de que los ilustrados unas décadas después denunciarán este exceso, eligiendo un modo de abordar la

teoría y la práctica mucho más doméstico y delimitado, que supondrá un paso de lo abstracto y rebuscado a lo concreto y lo más cercano.

Por otro lado, la cultura barroca intentó ser un modo de ver generalizado, *pre-masivo*; estuvo orientada a las nuevas colectividades informes, porque se trataba de ahormar, dirigir, subyugar a nuevas masas ciudadanas. Vale aquí como referencia la extrema metáfora de Foucault sobre el gran *encierro*, indiscriminado, de toda la gente dispersa que se hizo en París del año 1657, cuando se recogieron y concentraron globalmente a pobres, locos, vagabundos, de modo que acaso el uno por ciento de su población fue recluida en poco tiempo. Pues el poder procuró adueñarse de todo el espacio urbano, de sus calles y plazas, también de las fiestas y hasta de las Sociedades Científicas y Academias de Arte, que tanto habían proliferado, y que tendrán el sello real, esto es, la impronta del absolutismo.

Las distintas formas culturales barrocas inician -en cierta medida- un conocimiento del hombre con fines *instrumentales*, con fines meramente operativos; los ciudadanos son vistos mezquinamente como piezas de una posible armazón social rígida,



aún por configurarse, pero ya adivinable. La mecanización de la visión del mundo, anunciada por Leonardo, Maquiavelo o Guicciardini, fue empresa del XVII. De ahí ese vaivén entre organización social y rebelión anómica, ajena a la ley, desorganizadora, que aparece en sordina; entre imposición doctrinal y escepticismo extremo; entre aparato teórico abstracto, audacia indagadora, continuo disimulo y desgarro interno. Por ello resulta necesario ir desde lo más objetivo hasta lo más subjetivo, para captar ese espacio cultural lleno de inquietudes, desde 1590 hasta más o menos 1680.

**III.** Un sustrato de factores claramente expansivos impulsaron y desquiciaron la *sociedad* europea desde 1600; las colectividades humanas -mal tramadas, acumulativas y bastante desorientadas- fueron sacadas de sus goznes, como decía por entonces el pesimista Shakespeare. De antemano, ciertos quiebros mentales arrancaban de la ruptura de la unidad cristiana, con lo cual brotó sin duda otra libertad de conciencia, aunque asimismo una enorme tensión religiosa, estableciendo separaciones inéditas. Y este hondo enfrentamiento afectará a la difusión de los saberes en el siglo XVII. Las prohibiciones, las tutelas e imposiciones culturales barrocos serán a menudo secuelas de la guerra entre católicos y protestantes, pese a cierto formalismo externo, común entre ambas facciones, que esta pugna ha hecho nacer.

Pero sobre todo su actuación territorial deriva de los no tan lejanos descubrimientos geográficos que permitieron *apresar* espacialmente el mundo. De hecho, la conciencia de dicha ampliación se da en Europa al cerrarse el siglo XVI tras largos paréntesis de silencio, y se ve reconocida y utilizada durante el Barroco -en Holanda, Inglaterra, Francia-, en el seno de un cosmopolitismo inédito. El giro europeo hacia el Occidente, sobre todo, supone un alejamiento del núcleo mediterráneo; la apertura al orbe terrestre es un apartarse de antiguas referencias espaciales y culturales, mediante un aventurerismo implacable y en gran medida

depredador. Desde el siglo XVII, el mundo se hace más uniforme; se inicia un proceso consistente en aniquilar mitos e imágenes, animales y plantas, idiomas y formas, como dice Zumthor. Despunta, por tanto, un mundo *colonizado*.

Pues bien, la acción del Estado en ciernes, papelero, burocrático, usa unos mecanismos de comunicación -por decirlo así- que empiezan a sentirse como fundamentales, y cuyo control pretende. Y es que hubo grandes cambios en los modos de influjo y representación sociales (así el teatro o la difusión de imágenes de todo tipo). Pero, en especial, la imposición de la imprenta es más que definitiva, hay centenares de millones de libros hacia 1600, y constituyen una pieza de la nueva opinión que irá forjándose. El libro se difunde enormemente, y de ello es muestra paradójica el empeoramiento de su calidad (hasta en Italia y en Alemania): el papel es grosero y quebradizo, se imprime deprisa y sin finura tipográfica, con tipos deteriorados por el uso, de modo que la mancha impresa resulta confusa y poco aireada. La gran demanda, y las violencias, lo han degradado.

**IV.** Así que el Barroco va a ser un cosmos del hombre-libro, y no sólo como metáfora literaria. Pese a los obstáculos censores de todo tipo, prosigue de una forma tan variada como poderosa la interpretación libre y la crítica textual, cuando la resurrección de todo el legado clásico era evidente (ya en 1600). Desde entonces se refuerza el sentimiento de haberse alzado hasta un rango cultural inédito: hay a la vista un enorme fondo filosófico, histórico y lingüístico-literario, y también matemático, astronómico, físico, botánico y zoológico; y no es un tesoro inmutable sino una recopilación de referencia para que se vea superada de continuo. Esta recuperación definitiva de los antiguos y la idea de emulación permitirán que la querrela entre el valor de los antiguos y el de los modernos supere la etapa literaria, a veces algo liviana, y pase a ser un conflicto intelectual, basado en la ciencia naciente. Al inicio del Barroco, hubo una

polémica más o menos latente, pero se hizo muy visible hacia 1670 en los nuevos ámbitos académicos, hasta resultar un debate fundamental de la moderna cultura.

El desarrollo previo de las colecciones naturales y de todo tipo de observaciones había logrado un *almacén* de datos que es el soporte básico de la ciencia moderna; además, los nuevos naturalistas de todo el mundo tuvieron un peso fundamental al denunciar sin discusión posible los límites de la mirada, demasiado local, de los antiguos. La recopilación y el análisis de la naturaleza mejora tanto que, ya en 1610, se cuenta ya con seis mil plantas, número que multiplica por diez el de las indicadas por Dioscórides. En el siglo anterior se había conseguido un tipo de representación -entre naturalista y geométrica- del mundo sensible, lo que se explica por la convergencia entre artistas y científicos, desde Piero della Francesca y Durero; pero durante la centuria barroca se extiende casi masivamente en ciertos medios, y no sólo en la pintura de género (de la naturaleza holandesa al naturalismo sevillano).

Ahora artistas y pensadores -como ya había apuntado Erasmo hablando de Durero- son capaces de representar lo irrepresentable: fuego, haces de luz, rayos y relámpagos, pero también caracteres y emociones; esto es, la mente humana en su mayor tensión y agudeza. En particular, el decisivo auge de la representación no repercute sólo en medicina, botánica y zoología, sino en todo el territorio científico, lo que rompe ya con la primacía secular de la letra escrita en la ciencia, en la lectura y discusión seculares de Teofrasto o Plinio, Aristóteles o Galeno: figuras que además tendrán que ir pasando a un segundo plano.

La vista se exalta, entonces, por múltiples vías. Se piensa en términos visuales; se objetiva el propio espacio, de modo que la representación del mundo se lleva a efecto convirtiéndolo en un mero recinto vacío, donde se producen, sin más, fenómenos físicos. Y por el extremo opuesto, se

reflexiona, intensamente, sobre el ojo interior. Desde una perspectiva práctica se prosigue abiertamente la planificación de los objetos más diversos, iniciada en la centuria anterior con despieces de barcos, edificios, material defensivo u ofensivo, minas, dando origen ahora a nuevos libros de máquinas (pues ingenieros y arquitectos se han consagrado). De ahí, correlativamente, el desarrollo de construcciones de acuerdo con *prototipos* de fabricación.

Por lo demás se difunde la cartografía del mundo, asunto muy barroco. Ya muy mejorada con la revolucionaria proyección deformada del globo, realizada por el flamenco Mercator a finales del siglo XVI, a continuación y precisamente en los Países Bajos se da el impulso definitivo a los mapas: son éstos ahora más uniformes, más vastos y ordenados, mejorados por una iconografía y una rotulación que facilitan su lectura (al mismo tiempo, se prodigaban los manuales de topografía). Los avances continuos en libros de geografía, en los planos regionales y costeros, en toda la naciente geodesia fueron impresionantes. Y, finalmente, la representación se expande ya por los cielos: esta cartografía paralela -celeste- aumenta progresivamente hasta el siglo de las luces. El editor Plantino y sus sucesores, por añadidura, imprimen ahora múltiples atlas de bolsillo, pues no sólo este manual sirve ya a la marina, civil o militar, sino a todo ciudadano cultivado, como adorno y como instrucción personal acerca de mares y tierras.

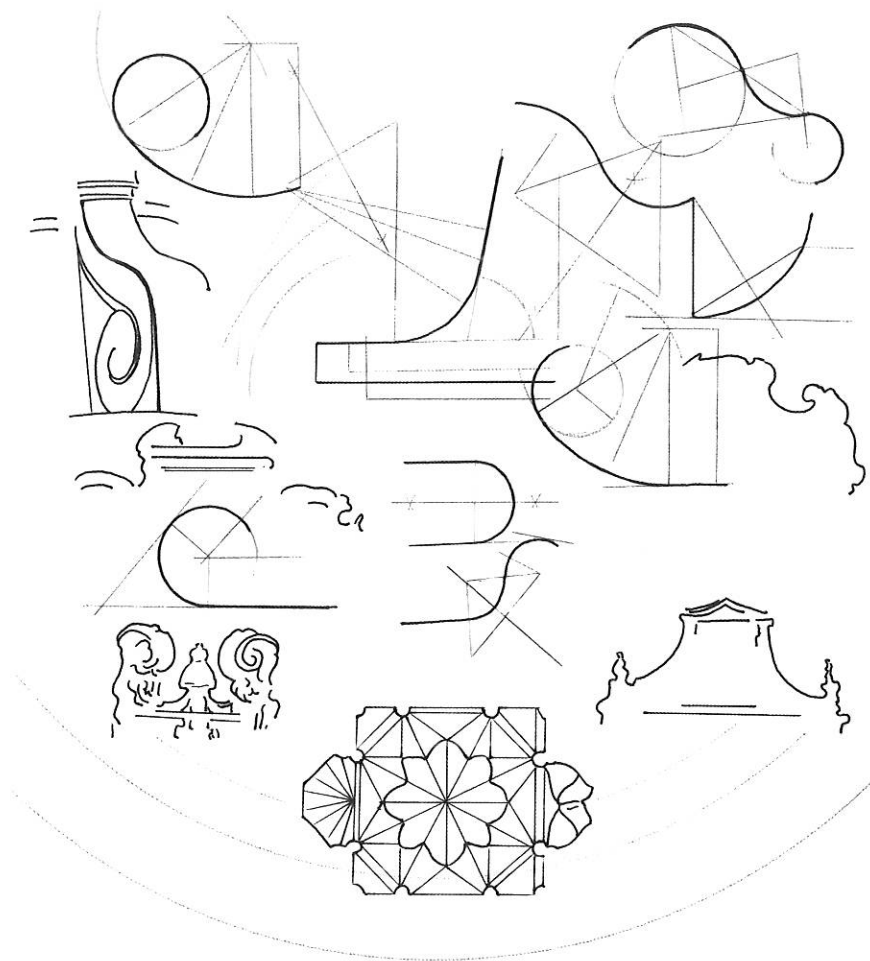
V. Entre los siglos XVI y XVIII se produjo un cambio hondo, borroso al principio y luego del todo decisivo, en la organización de todo el saber, en el panorama de las disciplinas o los conocimientos. Alguna enciclopedia medieval (así la de Hugues de Saint-Victor) se reeditó a comienzos de la modernidad con el empuje de la imprenta, pero ese tipo de recopilaciones carecía ya de aura (aunque quisieran hacer revivir su viejo sentido doctrinal), y, significativamente, no tuvo sucesores. Pues a este "enciclopedismo teológico" no le substituyó

-como era previsible en un tiempo de mudanzas- una clara ordenación de los nuevos conocimientos, con sus diferentes jerarquías, hasta la *Enciclopedia* de Diderot, puesta en marcha desde 1751.

Así que la liquidación en la modernidad del ciclo inveterado de la sabiduría -el *trivium* y el *quadrivium*- es una metáfora del cambio producido (y también de la inestabilidad barroca). Afirmar que “no hubo enciclopedias”, en sentido estricto, por esos tiempos críticos quiere decir que las disciplinas modernas carecían todavía de *marco*, en parte porque estaban formándose. Y es existió una gran dificultad para dar orden, no ya a los seres de la naturaleza, sino a todos los productos culturales, a todas las elaboraciones del hombre. A partir de

1550, algunos libros resaltaban esa perplejidad ante la variedad de las cosas, inabarcable. Evidenciaban con sus datos heteróclitos la proliferación silvestre de los distintos asuntos abordados, que desarrollarán los textos y muchas descripciones de los escritores barrocos. En los nuevos revoltijos de informaciones se hizo presente también, sin duda, la citada idea de confusión y desasosiego.

Lo cual no impidió, antes al contrario, que -sobre todo desde el siglo XVII- se probasen otros modelos de clasificación, como los iniciales de Bacon o Comenio, que son bastante laberínticos, si bien acogen el espíritu germinal de las nuevas ciencias. Muchos conocimientos nuevos van a florecer, por añadidura, más bien al margen del mundo





universitario (desde el mismo Bacon o Descartes hasta Leibniz), lo cual dificulta su institucionalización disciplinar. La revolución científica fue, pues, bastante ajena a esos campus enrarecidos y en claro declive, así en la matemática aplicada al mar o en la todavía incipiente mecánica (que había tomado inspiración en las reencontradas *Cuestiones mecánicas*, atribuidas a Aristóteles y manejadísimas por Galileo). Y son también ajenas a esa institución medieval las ciencias prácticas impulsadas por artistas e inventores de ingenios, por hidrógrafos y constructores; por muchos nuevos sabios desde la óptica hasta la medicina. De ahí el papel de las nuevas Academias, de la correspondencia entre científicos, de las publicaciones especializadas, periódicas, que se multiplican a lo largo de la centuria, huyendo de los surcos escolares que se alzaron siglos atrás, con el resurgimiento de las ciudades.

En el Quinientos se forjó un pensamiento de rara complejidad; dominó un sincretismo que conjugaba el universo platónico dinámico-geométrico y el naturalismo aristotélico, que quería unir y clasificar globalmente a todos los seres. De ahí su busca continua de métodos universales, sin duda más entusiasta y crítica que efectiva. Semejante proyecto fue proseguido en el siglo XVII, pero ya, eso sí, reconducido con la idea rectora de *matemática universal*. Y sucede justamente cuando el desarrollo de la llamada ciencia de la exactitud se hace tan manifiesto que hasta los enunciados más personales o íntimos (Pascal, La Mothe, Gracián, Spinoza) se ven impregnado de geometrismo.

Pues aparece o se depura y en todo caso se difunde decisivamente todo el dialecto matemático básico. Del lenguaje sincopado se pasa más abiertamente a la fórmula, esas letras que se fijan en el Barroco (y que sólo tienen, por tanto, cuatro siglos). Así, en el futuro acelerado y en verdad inventivo de esta ciencia, la geometría perderá poco a poco su privilegio que mantenía desde los griegos. Se desarrollará con su ayuda -y fuertemente- la nueva física, que entra ya en el ámbito

matemático. Y, sobre todo, abandonará su vínculo con la biología: con Aristóteles se estudiaban cambios de cantidad (así el crecimiento) o de cualidad (así el color), y no sólo los movimientos locales. Ahora se olvidan esos viejos vínculos. Incluso la indagación, en vez de avanzar siguiendo una *física biológica*, como antes, desarrolla una *biología mecánica* por obra de Harvey, de Descartes, de los discípulos médicos de Galileo.

Resulta evidente que desde las primeras décadas de esta centuria se luchó contra muchos prejuicios, irracionalidades y repeticiones vacuas, y que -desde Gilbert o Harvey, Kepler o Galileo, pasando por Fermat o Descartes, hasta Huygens, Pascal, Newton o Leibniz- se elaboraron unos argumentos científicos muy vistosos que están en la base de los actuales, pese a todos los retoques imprescindibles que necesitaron; pues esas novedades iniciales no podían de golpe arribar a puerto, y la ciencia en ciernes no había logrado aún esa austeridad futura tan suya. Así que bastantes de sus fallos y excesos serán corregidos por sus herederos ilustrados, con dudas, muchas discusiones o dificultades, si bien estaban arrojados por una comunidad científica que poco a poco iba instaurándose.

Pero en el Seiscientos se crearon o se modificaron de raíz vastos territorios de la ciencia, se vislumbró un sello decisivo de investigación que, lentamente, se difundirá por doquier; y asimismo se estableció un lenguaje alternativo (sin retorno posible) al de las viejas doctrinas establecidas, a partir de las críticas al pasado efectuadas inicialmente por Bacon, Galileo y Descartes. Sin embargo, no existió una división del trabajo entre los intelectuales, ni siquiera hubo una idea de sociedad, tal como hoy se formularía, y de hecho la palabra *científico* era inexistente en el siglo XVII. La idea de novedad, conflicto y dificultad, la primacía del artificio y la originalidad, en cambio, no dejaron de estar presentes en todos estos sabios. La legibilidad del mundo se había alterado, y se ansiaba hacer legible *todo* novedosamente.



VI. La palabra *barroco* resume, en consecuencia, el esfuerzo por transcribir una indagación infinita, realizada *dentro y fuera* de cada individuo, de un modo nada dispar. De ahí que determinadas palabras se repitieran en campos dispares y que se hablase del cuerpo como un libro, de la cartografía de sus partes y caracteres, de la geografía mental o de los anatomistas del mundo. Lo cual no es mera literatura. Además, no existió por entonces un estricto *literato*, como tampoco hubo *científicos* a secas. De hecho, nada tenía que ver la ciencia que se hizo con la actual, y en realidad tampoco hubo *literatura*: esta palabra sólo significó 'erudición', en sentido amplio, hasta finales del XVIII. No habiendo una clara delimitación de los saberes científicos, existió, a la fuerza, una estrecha comunicación entre los diversos "campos literarios". El mundo de los escritos -de la cultura- carecía de puestos fronterizos y de aduanas, lo cual evidenciaba una indefinición de los campos de la sabiduría. Así que el territorio literario, en conjunto, mostraba tortuosamente la presencia del individuo en crisis, pues cada autor se reconocía en su escrito, sea del tipo que fuere, y compensaba el desconcierto -general o particular- con una grafomanía desconsolada.

Mientras la ciencia brotaba con fuerza, el ámbito mental aparecía lleno de peligros. El diagnóstico más difundido acerca de la modernidad es que, tras perderse la centralidad de la Tierra en el mundo, el sistema de sustentación anímico se cuarteaba. Se produce la destrucción del cosmos cerrado, y la ruptura de esa seguridad inveterada provoca una angustia tal que la situación se constata en escritores y pensadores de todo tipo, que lo padecen como una revelación íntima. Así un escritor como John Donne, aunque gire todavía en torno al paralelismo entre micro y macrocosmos, no puede expresar una posible concordancia y equiparación entre ambos órdenes, y se limita a reconocer su desazón ante una naturaleza reducida a fenómenos físicos: "¿Es éste el honor que le corresponde al hombre por ser un pequeño cosmos, que contiene en sí mismo esos terremotos,

súbitos temblores; esos rayos, súbitos relámpagos; esos truenos, súbitos ruidos; esos eclipses, súbitas ofuscaciones y oscurecimientos de sus sentidos; esos cometas, súbitas exhalaciones ardientes; esos ríos de sangre, súbitas aguas rojas?". Lo que ayuda a vislumbrar cómo se adentraban en la vida las nuevas ideas, cómo se incrustaban en ella.

Y es que el sistema de los conocimientos de la baja Edad Media se correspondía con un hombre inserto en un *orden teológico* cerrado que lo protegía y lo disolvía. Pero ese mundo se esfuma ahora, el macrocosmos se separa maquinalmente, se independiza como cosmos sin más, en fuga hacia el infinito, y el hombre se repliega en su mundo: el hombre es ahora el "célebre microcosmos, y el alma, su firmamento", según escribe Gracián. Hay incluso una serie de libros ingleses, nada conocidos en nuestra cultura, cuyos títulos delatan ese encierro interior: *Microcosmografía*, 1626, de John Earle; *Mapa del microcosmos o descripción moral del hombre*, 1642, de Humphrey Browne; *Lectura anatómica del hombre o mapa del pequeño mundo*, 1664, de Samuel Person. Todos exponen una especie de geo-caracteriología, lo que revela un mundo despojado de atributos más vitales.

La antigua, y prolongada, visión del cosmos acentuó el sentido vertical de la civilización; incluso había una escalera ideal -ascendente, según la tradición neoplatónica- que facilitaría mentalmente la subida por etapas hasta el orden supremo. En cambio, partido el mundo barroco en dos bloques, terrestre y celeste -y estando ambos neutralizados por una ciencia mecánica dominante- la cultura se decanta por la *horizontal*, se encamina hacia una observación basada en la medición y el análisis, por un lado, y por otro hacia un encierro individual menos sacralizado que antes (pese al predominio teológico, tan poderoso, del momento). Pues el método moderno trata de ampliarse a toda la realidad, introduciendo una razón *calculadora* para el mundo externo (formado por una materia inerte y seca, algo cadavérica), pero doblándola con la

razón interior, la cosa pensante, que está muy encerrada, casi encapsulada. Así, la reflexión sobre su sombra, el desvarío, es incluso la base del llamado *desencantamiento* del mundo, que análisis de la locura como Cervantes o Descartes llevan a cabo cada cual por su lado. Esta prosaica constatación define las expresiones barrocas, desde la comedia de caracteres hasta la filosofía de la naturaleza que desarrolla el nuevo atomismo. El Barroco es un mundo triste, es el triunfo de una razón sin alegría.

Una especie de ‘personalismo masivo’ se generaliza en ese momento; pues no sobresalen ya un puñado de genialidades tan enérgicas y taumatúrgicas como las del Renacimiento. La crisis de la individualidad del pasado, más expansiva y plena que la nueva, puede detectarse espacialmente en el discurso elaboradísimo acerca de la tristeza que triunfa durante unas décadas: es un discurso enigmático y fundamental sobre las complejidades del sujeto, dotado ya de rasgos novedosos. Pues esta época dominante de la melancolía, que se había iniciado poco antes de 1600, separa el temperamento melancólico de la capacidad creadora, tal como se planteó a finales del siglo XV, al recuperarse antiguos tratados. La tristeza se realiza como tal, y los modernos apelan a todos los hechos de la cultura renovados -viajes, libros, guerra, seres distintos, pasiones- para hablar de esta seña de identidad poco reconfortante. En su *Tratado de la melancolía* (1586), libro leído a fondo por Shakespeare, nos habla Timothy Bright del espesamiento general, de un *lake of melancholie* propio de cierto estado psicossomático estancado, decaído. Y es que el tormento moral se encarna fuertemente, manifestándose con una deformación y alteración sensible del cuerpo.

La *Anatomía de la melancolía* (1621) de Robert Burton -culminación gigantesca de tamaño reflexión- tiene un título en el que se expresan las ideas de disección y de clasificación, tan características del momento (“anatomía de los ingenios”,

“anatomía de la pobreza”). Esta obra maestra, médico-ensayística, científico-literaria, supone una verdadera “enciclopedia descentrada” de la humanidad, y expresa el nuevo cuestionamiento del sujeto a partir de la conciencia de su debilidad y confusión. Burton se reconoce incluso como un actor enmascarado o un bufón, como alguien “que se presenta insolentemente en este teatro del mundo” y se dirige sin rodeos al lector (“tú mismo eres el tema de mi discurso”), es decir, que consuela y bromea con al “virrey” humano, ese frustrado ya “modelo del mundo”.

En muchísimos libros barrocos, el discurso o la acción se resume en noticias y escenas, en papeles sociales -o en ostentaciones y servidumbres-, en plataformas que ponen a la vista sucesos cargados de dramaturgia o cuerpos más bien seccionables. El refugio personal, y los estados cambiantes de ánimo, se analizan en todos los tipos de comportamiento, en las caracterizaciones de los actores, en los rasgos de cada carácter humano. En este sentido, emerge un terreno nuevo, que es el la moderna *antropología*; y captamos bien que es palabra decisiva para el siglo XVII al considerar su origen neolatino: *anthopologium* designó inicialmente anatomía y, luego, disección moral. Por entonces se aborda incesantemente el “artificial ser del hombre”, como se lee en *El discreto* de Gracián, a la par que se analiza la composición del universo.

Finalmente, cabe recordar que esa centuria fue la época cumbre del aguafuerte. Ello supone *precisión e incisión*, al ser un trabajo grabador éste que exige agilidad con la aguja o el buril de punta, utensilio más incisivo, más punzante que el lápiz o el buril plano. Y es que la cultura barroca -además de ser exacta, por óptica y geométrica- expone descarnadamente el comportamiento de un hombre *apocado*, despieza sus características al milímetro, las proyecta en tablas, mapas o cuadros para hacer más comprensibles esa red de tensiones individuales o esos conflictos en unas relaciones interpersonales difíciles que han venido a aflorar.